



EL CARNICERO DEL DESEO ¹

Quienes hayan recorrido el escrito de Lacan sobre la dirección de la cura habrán notado que el último de sus capítulos constituye la orientación de respuesta al conjunto de las principales preguntas planteadas en la experiencia de un análisis: ¿quién analiza?, ¿qué lugar para la interpretación?, ¿cuál es la situación de la transferencia?, y ¿cómo actúa el analista con su propio ser? La respuesta directriz, “hay que tomar el deseo a la letra”,² ya implica en sí misma una sorprendente reducción analítica de la dirección que debe tomar la experiencia espiralada de un análisis según la estratificación triple de su táctica, su estrategia y su política.

Ahora bien, no menos sorprendente para el lector resulta la referencia freudiana con que Lacan deshoja esa intervención en tres niveles. Se trata de un simple sueño. Aunque no de uno cualquiera, ya que gracias a Lacan se convierte en el ejemplo paradigmático de la subjetividad histórica, por la estructura revelada en “la identificación que recae sobre el deseo, es decir, sobre la falta tomada como objeto”.³ Se trata del “sueño de la bella carnicera –en la *Traumdeutung*–”, agrega Lacan, “convertido por mis cuidados en algo ejemplar”.⁴ Por un lado está el sueño y su interpretación relatados por Freud en la *Traumdeutung*, y por otro lado están los cuidados dispensados por Lacan en el trabajo de formalización que le dedicó a lo largo de su enseñanza.

Esto quiere decir que el análisis del sueño del “salmón ahumado” le pertenece a Freud pero que el caso paradigmático que conocemos como “la bella carnicera” es de cosecha lacaniana: “no prodigo los ejemplos”, sostiene Lacan, “pero cuando me meto

¹ Este artículo forma parte del libro *El analista en el banquillo*, compilado por Luis Prieto y editado por el FARP y Letra Viva, 2016.

² Lacan, J (1958) “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 600.

³ Lacan, J (1973) “Introducción al primer volumen de la edición alemana de los Escritos”, en *Otros Escritos*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 584.

⁴ Idem.

con ellos los elevo a paradigma”.⁵ Es Lacan, y no Freud, quien bautiza a la paciente como “la bella carnicera” haciendo de ese sueño algo más que una manifestación ocasional del inconsciente de una analizante, e indicando el valor que tiene el caso para la dirección de la cura. Es que en dicho sueño se vuelve nítida la estructura del síntoma histérico en su vertiente analizable, poniendo al analista en situación de tener que pagar su propia parte: con su persona, con su palabra y con su nombre propio o su ser de deseo. La histérica pone en acto una modalidad del deseo permeable a la experiencia analítica y su discurso, según Lacan, es ya un “esbozo del discurso del psicoanalista”.⁶

Con ese propósito, revisaremos el trabajo de lectura que realiza Lacan de aquel sueño. Lo haremos siguiendo el hilo del deseo, y por qué no del goce, tomados a la letra. Para eso nos apoyaremos en dos referencias posteriores de la enseñanza de Lacan, la *nominación* y la *histerización*, atendiendo al modo en que Lacan introduce, a propósito de este ejemplo paradigmático, su formulación del discurso de la histérica.

1- La nominación

Lo primero a subrayar es la operación de *nominación* que Lacan parece realizar, aún cuando no explique ni exponga sus razones. Lacan se refiere a este ejemplo agregando la expresión “Bella Carnicera” (*Belle Boucherie*), que no está en el relato del sueño, ni en las asociaciones del soñante ni en los comentarios posteriores de Freud. No es que no pueda remitírsela al sueño y a los términos consignados por Freud. De hecho, uno de los personajes centrales del caso es el “comerciante en carnes” o “carnicero” (*gross fleish hauer*), marido de la paciente, de cuya boca su mujer obtiene la expresión provocativa “una hermosa (*Schon*) muchacha”. Pero la formulación misma de *Belle Boucherie* es de Jacques Lacan, lo cual nos ofrece la oportunidad de hacer una distinción que juzgamos clínicamente operativa. Entendemos que la expresión “bella carnicera” no designa al sueño en sí mismo sino al caso clínico en su conjunto: al sujeto histérico y su síntoma.

Tomando prestados los términos relativos a la psicosis, podemos decir que aquí fenómeno y estructura de la histeria coinciden. El sueño es, por así decir, una suerte de “fenómeno elemental” de la estructura histérica. Solo que en este caso no es la ruptura

⁵ Idem.

⁶ Lacan, J (1969-70) *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1996, p. 212.

del lazo lo que se muestra en el fenómeno relatado por la paciente sino todo lo contrario: la estructura misma del discurso histérico considerado como un tipo particular de lazo social, un lazo con el Otro del deseo u Otro deseante.

Entonces, ¿de dónde sale el nombre del caso? ¿Cómo situar allí la letra del deseo? Las motivaciones de la nominación propuesta por Lacan (“la bella carnicera”) parecen familiares pero no son para nada evidentes, y por eso dan lugar a una lectura. La impresión es que los términos significantes de los que Jacques Lacan soporta el acto de la nominación indican, por alusión, la singularidad del tipo particular de lazo social que reconocemos en la histeria.

Es algo que resulta un poco más fácil de advertir en la expresión “carnicera” (*boucherie*), ya que se percibe más rápidamente el vínculo, el lazo matrimonial incluso, con el carnicero, su marido. Es una forma indirecta de identificar al Otro sujeto social que interviene en el lazo amoroso, es decir, de nombrar a esa mujer por relación al hombre que la hace su esposa, pero sin mencionar ni su nombre de pila ni su apellido. En su lugar encontramos el significante amo que inaugura la representación de un sujeto, cualquiera fuere el discurso que lo inscriba: “Carnicera/o” = S1. De ese modo percibimos la distancia entre la paciente que estuvo en tratamiento (y a quien Freud menciona como “una ingeniosa paciente”) y el caso paradigmático que de allí surge fruto de la construcción: *la* (en lugar de “una”) *bella* (en lugar de “ingeniosa”) *carnicera* (en lugar de “paciente”). Todo esto en consonancia con el hábito francés de llevar el apellido de casada. Si bien la paciente y su analista hablaban alemán, al caso freudo-lacaniano no hay que dejar de leerlo y escucharlo en francés. Así suena más “bello” que en castellano y que en alemán, lo que no deja de tener relación con el modo de transmisión de la clínica que practicaba Lacan por apoyarse en el discurso analítico.

Además, un segundo aspecto de la nominación del caso parece justificar la importancia de la lengua francesa, de su cultura y de su tradición clínica, ya que es de boca de Charcot de quien Freud recogió la expresión “bella indiferencia” (*belle indifférence*) con la que el maestro nombraba la típica y particular posición que la histérica adoptaba frente a su padecimiento y ante quien se interesaba en él e intentaba examinarla. Freud lo recuerda en varias oportunidades, y es de suponer que Lacan tuviera en cuenta su resonancia y su evocación. En alemán equivaldría más al término *Hubsch* (bella) que a *Schon* (hermosa), con el que se designa a la amiga de la paciente. Tal vez de ese modo podamos dar razones de la elección del término “*belle*” (que acompaña al no tan enigmático “*boucherie*”, el que entonces podría considerarse como

una sustitución de “*indifférence*”), advirtiendo la presencia en la elaboración lacaniana del caso, ya desde el punto de partida de su nominación, de una variedad de discursos. Reconocemos en los juegos significantes de las combinaciones metonímicas y metafóricas entre *boucherie/indifférence* y *belle-boucherie*, al sujeto del discurso inconsciente; en el uso alusivo e interpretativo que hace Lacan de esos términos desde su posición enseñante, al discurso del analista; y en la lógica interna del caso, al discurso de la histérica, con la siguiente aclaración: “la bella carnicera”, a diferencia de la “bella indiferencia”, incluye el rasgo singular del Otro implicado en el síntoma

Luego, en el análisis detallado que Lacan realiza del relato freudiano en su Escrito (y cuyo núcleo se encuentra en la sustitución metafórica del *caviar* por el *salmón* y en la relación metonímica de ese segundo significante respecto del significante último del deseo, el falo), se deshoja la estructura que se revela en la interpretación del sueño, mostrando la determinación doble del sentido que toma el deseo. En palabras de Freud, dichas interpretaciones “proporcionan un *bello ejemplo* del doble sentido que es cosa habitual en los sueños así como en todas las otras formaciones psicopatológicas”.⁷ Tal vez sea esa expresión, “un bello ejemplo”, la que Lacan escuchó al pasar al leer el texto de Freud cuando hizo de la bella carnicera el ejemplo paradigmático de la histeria.

Por lo tanto, respecto de la operación de la *nominación*, vemos realizar a Lacan un procedimiento cuya lógica queda situada en las vías de transmisión del inconsciente. Son las vías de transmisión de un “inconsciente revelado” (expresión que Lacan utiliza para calificar al discurso analítico) las que pueden leerse en esa especie de “lapsus calculado” en que consiste la nominación de Lacan, cual si fuera un chiste. *La bella carnicera*, de J. M. Charcot a Sigmund Freud, su mejor discípulo, y de allí a Jacques Lacan, su más perspicaz lector, se construye como consecuencia de una suerte de “contagio histérico” o efecto de “histerización”. Hay allí, sin lugar a duda, un deseo que se captura en la letra y que asume una direccionalidad.

2- La histerización

Esta dirección esbozada en la nominación del caso, nos permite ahora introducirnos en la cura de aquella “ingeniosa paciente” desde la perspectiva de la

⁷ Freud, S (1900) “La interpretación de los sueños”, AE, tomo IV, Buenos Aires, 1993, p. 167.

histerización. Para eso, debemos poder situar como punto de partida lógico en la secuencia de la cura al discurso inconsciente.

a- El discurso del inconsciente

Tomemos, para comenzar, el relato del “contenido manifiesto”: *Quiero dar una comida, pero no tengo en mi despensa sino un poco de salmón ahumado. Me dispongo a ir de compras, pero recuerdo que es domingo por la tarde, y todos los almacenes están cerrados. Pretendo llamar por teléfono a algunos proveedores, pero el teléfono está descompuesto. Así debo renunciar al deseo de dar una comida*. Lo notable es que solo un sueño, y nada más que un sueño, alcanza para situar la estructura del discurso que lo condiciona.⁸ Un primer nivel de análisis del discurso de este sueño consistiría en indicar los términos bajo los cuales se expresa aquí la estructura de la que se soporta el deseo inconsciente.

En primer lugar, los verbos que designan las diferentes acciones por medio de las cuales el *Deseo* encuentra su forma de realización. Una manera de enunciar en términos de anhelos manifiestos el deseo latente y reprimido de la neurosis. Los indicadores de la acción retenida son los siguientes: “*quiero dar*”, “*me dispongo a ir*” y “*pretendo llamar*”. Un cuarto verbo, cuyo estatuto es diferente a los primeros tres aunque está en serie con ellos, designa lo que de todos modos es una acción, incluso la más lograda de las cuatro: “*renunciar*” (a dar una comida). Y lo que se expresa con claridad y simpleza en este primer nivel del discurso es que el verbo “*renunciar*”, que por ser último en la secuencia ordena retroactivamente a los anteriores, introduce la referencia al Otro de la *Demanda* (dimensión neurótica del Otro) por la vía del deber, de aquello que hay que hacer o que no queda más remedio que hacer: “*debo renunciar*”.

En segundo lugar, puede destacarse como a cada uno de esos tres enunciados del deseo les sigue a continuación la objeción de un “*pero*”. La estructura lógica de esos primeros tres tiempos es la misma, aún cuando los enunciados subsiguientes del deseo van dependiendo siempre del enunciado anterior, como un círculo que va cerrando cada vez más su circunferencia hasta encontrar el límite en aquello con lo que se topa: desde el más amplio (“*dar*”) y a la vez más específico (“*una comida*”), pasando por el anillo intermedio del “*ir de compras*”, hasta el más alejado de la pretendida acción inicial y más cercano al punto de dificultad “*llamar por teléfono*”. Dicho de otra manera, se

⁸ Puede consultarse la escritura del discurso del inconsciente en la segunda clase del Seminario 17.

advierde aquello que la objeción repetida señala por anticipación: la dependencia de esos tres anhelos con una misma demanda que proviene del Otro.

En tercer lugar, encontramos un tercer eslabón en cada uno de los tres enunciados del deseo hecho manifiesto en el sueño. Luego del verbo que en cada caso designa la acción, y de la objeción que indica la lógica del discurso por anticipación y retroacción, aparece el término cuya función es delinear las características del Otro desde donde se ordena el discurso inconsciente, aún cuando en el contenido manifiesto no esté representado en el imaginario de un personaje. La “*despensa*”, los “*almacenes*” y los “*proveedores*” resultan ser versiones del Otro que en juego en este caso de histeria, y que puede resumirse en aquel de quien depende que “*dar una comida*” resulte o no posible. Incluso, no deja de resultar sugerente el sentido metafórico del “teléfono descompuesto” como versión de la (in)comunicación del sujeto histérico con su partener.

En cuarto lugar, y atendiendo ya a la lógica del conjunto del discurso manifiesto del sueño, puede apreciarse que lo esencial se concentra al comienzo y al final del relato. “Dar una comida”, primero bajo el enunciado del “quiero” y luego del “debo renunciar”, es una suerte de célula elemental de la estructura del deseo que intenta abrirse paso en el sueño, mientras que los enunciados intermedios no son más que una manera de justificar el cambio de registro: del anhelo (deseo) a la renuncia (deber). Incluso, podríamos ya situar lo más significativo en la primera oración cuyo enunciado desiderativo expresa: “*quiero dar una comida*”, y cuyo significado expresa para la propia paciente el deseo del sueño. Además del verbo que designa la acción, y del objeto sobre el que recae, el sujeto queda representado en el término “*quiero*”. De ese modo, reconocemos que la estructura de la enunciación del sueño podría resumirse así: “quiero dar (una comida), pero debo renunciar”. Aún sin tratarse de la materialidad de los significantes del discurso inconsciente, podríamos escribir dicha enunciación en una fórmula aproximativa:

$$\begin{array}{l} \text{(Agente) } \underline{\textit{Quiero dar}} \rightarrow \underline{\textit{Una comida}} \text{ (Otro)} \\ \text{(Verdad) } \quad \$ \quad // \quad \textit{Debo renunciar} \text{ (Producto)} \end{array}$$

Solo que lo que queda indeterminado es, justamente, el sujeto de la enunciación: ¿quién es el que quiere dar? Incluso, la estructura de ese discurso podría simplificarse

sin alterar su lógica elemental: “quiero dar, pero debo renunciar”, o simplemente “quiero, pero debo”. La histérica no lo sabe, pero allí se manifiesta la estructura de un discurso (del amo o del inconsciente amo) no revelado, cuyo saber, aún cuando no se sepa (como apunta Lacan), no por eso trabaja menos para el goce (en este caso, el de la “renuncia”). Y su sujeto, como tema o asunto del texto y su contexto (es decir, del diálogo con Freud), es en primera instancia “el sueño” o “los sueños” (verdad que, veremos, se esclarece al cambiar de discurso).

Por eso, para poder comenzar a situar al sujeto de dicha enunciación, no hay más remedio que poner a trabajar el sueño, sometiéndolo a la regla de la libre asociación, y esperando que surja de allí un efecto de interpretación. Pero antes de pasar a ese otro plano, subrayemos un último detalle que, por ser el que no logra traducirse fácilmente en los términos lógicos que hemos planteado, abre la sospecha de ser el elemento del sueño en el que se condensa la significación viva del deseo. “*Un poco de salmón ahumado*”, ¿por qué la inclusión de ese aparente objeto insignificante en el discurso del sueño? En ese costado absurdo y enigmático de la escena del sueño se condensa lo más valedero de la desfiguración onírica. Una vez que se cuenta con las asociaciones y el contenido latente advertimos que se trata del significante fundamental del deseo de “La bella carnicera”. Pero primero ubiquemos el uso que la paciente hace del sueño, cual si fuera un objeto que la histérica obsequia como tentempié o aperitivo antes de sentarse a la mesa del Otro para comer con él o ser comida por él.

b- El discurso de la histérica

Si ya podemos advertir que este simple sueño es especialmente revelador de la estructura del deseo histérico e indicativo de la dirección que ha de tomar el analista en la cura, insistamos ahora en que también lo es por el contexto en el que se produce y se efectúa. Incluso es ese contexto el que aporta la clave del uso histérico que la paciente hace del sueño, es decir, del objeto por excelencia en el que su terapeuta estaba especialmente interesado. Tras el deseo expresado en el sueño se disimula la relación de deseo entre la histérica y el Amo, encarnado en ese contexto de diálogo por Freud. Fue él quien provocó primero a su paciente, como lo solía hacer con frecuencia, enunciando la tesis acerca de que todo sueño es un cumplimento de deseo.

Es el propio Sigmund Freud, doctorado en sueños, quien invita a su histérica a la mesa, aún cuando no lo haga de manera conciente y voluntaria. Y con lo que se encuentra es con una respuesta típica de la subjetividad histérica, que difiere de la del obsesivo. La paciente no objeta la tesis discutiéndola con tozuda tenacidad y complejos argumentos, sino que lo hace respondiendo en el terreno mismo de aquello que toma como una provocación: simplemente sueña, y ofrece su sueño como prueba de la inconsistencia del Otro (Amo).

Dicho en los términos del discurso conciente de la paciente, la provocación se expresa de la siguiente manera: “*Dice usted que siempre el sueño es un deseo cumplido. Ahora le contaré un sueño cuyo contenido es todo lo contrario, puesto que no me cumple un deseo. ¿Cómo lo hace condecir usted con su teoría? El sueño es este*”.⁹ Pero leyéndolo retroactivamente, y atendiendo a su enunciación inconsciente, es como si la ingeniosa paciente estuviera diciendo: “¡Ah! Mire usted, querido y respetado Doctor, Carnicero del deseo, que intenta engordar y satisfacer a sus pacientes, probablemente para después engullirlas, e incluso al mundo entero con su arte filoso del análisis, pero también con la pesada fuerza de la doctrina del almacén universitario, proveedor de los productos necesarios, alimentando la idea de que todos los sueños no expresan más que un deseo cumplido; pues, vea usted, sucede que no me satisface del todo su explicación, aunque parece interesante, ¿sería usted tan amable, y capaz, de darme un trozo más, solo un poco más?”. Reconocemos allí al discurso histérico y escribirlo del siguiente modo:

($\$$) *Sueño* → *La interpretación de los sueños* (S1)

(a) “x” // *Cumplimiento de deseo* (S2)

El sueño pasa a ser el signo bajo el cual se expresa la división subjetiva ($\$$) y el enigma con el cual la paciente interpela a Freud respecto de su tesis (S1), que aquí vale como significante amo. De él se espera un trabajo cuyo producto engorde el sentido (S2) de que todo sueño figura un deseo como cumplido. Lo que aquí queda indeterminado en el lugar de la verdad (aunque tal vez anticipado en ese “un poco más” que situamos en la enunciación hipotética del sueño), es el objeto que escapa al sentido del sueño (a) y que al mismo tiempo lo causa. Es nuevamente el cambio de discurso el que permitirá esclarecer algo acerca de dicha verdad.

⁹ Freud, S (1900) “La interpretación de los sueños”, AE, tomo IV, Buenos Aires, 1993, p. 165.

Esta provocación de la paciente, que entonces se inscribe fácilmente en lo que Lacan llama “el oficio de la histérica”, el “hacer desear”, encuentra del lado de Freud la siguiente réplica: “Respondí, desde luego, que sobre el sentido de ese sueño sólo el análisis podría decidir, aunque admitía que a primera vista parecía racional y coherente y semejaba lo contrario de un cumplimiento de deseo”. Freud tampoco se precipita en una discusión sin sentido, y aún atendiendo la objeción en cuestión, se abstiene de ser quien decidiría y remite la interpelación al sujeto en cuestión: el inconsciente. “Pero” antes incluye otra cosa, y esa otra cosa es justamente un “pero”. Freud no lanza inmediatamente la asociación libre sino que indica el punto sobre el cuál la analizante debe decir las ocurrencias sin omitir sus detalles. El corolario de su respuesta es una pregunta, con un leve tono de objeción: “*¿Pero de qué material nació ese sueño? Usted sabe que el incitador de un sueño se encuentra en todos los casos en las vivencias de la víspera*”. Freud continúa el juego, admite la provocación y la retruca, incluso bajo el recurso de otro de los aspectos de la doctrina de los sueños, apelando nuevamente a lo que la persona de la paciente sabe o conoce de ella. La lógica de su réplica es algo así como: “lo que dice es cierto, pero usted sabe más, porque yo se lo he enseñado”. Pero lo que cuenta allí tampoco es del orden de los enunciados conscientes. La clave está en la maniobra de Freud, quien de manera indirecta le sugiere a la paciente algo así como: “no fui yo quien provocó ese sueño, no fue mi persona, ni fue usted quien lo construyó; pues entonces asocie y diga qué fue lo que lo incitó”. Y en ese borde, en el tratamiento del discurso (histérico) que realiza Freud, se esboza ya el movimiento del análisis.

c- El discurso del analista

En función de esta intervención y del manejo de la relación transferencial (es decir, del pago con su palabra y con su persona), el lazo discursivo tiende a cambiar su configuración, dando comienzo al trabajo de “análisis”. Ahora es la analizante quien se dispone a asociar. El discurso se escribe, entonces, de esta otra forma:

(Agente) a → \$ (Otro)
 (Verdad) S2 // S1: “Carnicero” (Producto)

Por un lado, el agente se reparte entre la maniobra provocadora que Freud realiza con su persona y la pregunta acerca del incitador del sueño, la “vivencia de la víspera” que oficia de resto diurno (*a*). Al mismo tiempo, el saber queda remitido a la verdad sobre el deseo que podría surgir del análisis, es decir, del desciframiento del inconsciente (S2). Por otro lado, la paciente se dispone realmente a trabajar, asociando lo que le viene en mente (*\$*), siendo el primer fruto de ese trabajo el significante “*carnicero*” (S1) con el cual designa a su marido.

Del trabajo analítico surge la estructura revelada del inconsciente de la que no solo se soporta el sueño sino la neurosis histérica en su conjunto. De aquel trabajo sólo tomaremos lo esencial, para ubicar la manera singular de aquello que termina por constituirse en ejemplo paradigmático de la dirección que toma la cura en su tercer y fundamental nivel: el de la política del deseo en las inmediaciones del campo del goce.

Por un lado, encontramos los cuatro términos (también los cuatro personajes) que conforman la arquitectura de la histeria. En primer lugar, el personaje del marido, término desde el cual se ordena el conjunto de los efectos del deseo para esta paciente (de manera similar a lo que Lacan entiende que sucede con el padre de Dora). Lo que mueve su maquinaria es una iniciativa de este personaje central, que consiste en “querer adelgazar”, para lo cual debe, entre otras cosas, rechazar o renunciar a las “invitaciones a comer”. Lo importante es resaltar que quien enuncia no es solamente un hombre, es además el marido de la paciente, y fundamentalmente un “honrado y cabal comerciante en carnes”.¹⁰ Por un lado, se trata de un simple carnicero, de un “*gross fleisch hauer*”, un “gran picador de carne”. Pero al mismo tiempo, también se trata de un comerciante que podría darle a su mujer, en materia de carnes y productos afines, lo que ella le pidiese. En términos de Lacan, reconocemos allí el amo-significante al que se dirige el sujeto histerizado para demandarle, y especialmente para demandarle que desee. Se trata de quien porta las insignias del ideal y de la potencia (como el “hombre con recursos”).

(*\$*) *Quiero* → *Comerciante* (S1)

(*a*) “*x*” // *Carnes* (S2)

En esta misma línea, pero cumpliendo una función diferente, vemos aparecer en el discurso de la analizante la figura de un pintor, cuyo sospechoso interés (además del

¹⁰ Freud, S (1900) “La interpretación de los sueños”, AE, tomo IV, Buenos Aires, 1993, p. 165.

económico, que se puede fácilmente deducir) tenía que ver con retratar a su marido, en especial por ser portador de “una cabeza tan impresionante”. Es una asociación que causa “risas” a la propia analizante, y que conduce al valor de la réplica del marido: “un trozo de trasero de una hermosa muchacha sería más del agrado del pintor que su cara íntegra”. Este personaje, designa el elemento de lo masculino o viril que también queda representado en su marido (semejante a la función que Lacan adjudica al Sr. K para Dora), punto de identificación desde el cual se intenta responder a la pregunta por lo que una mujer es o puede ser como objeto de un hombre: en este caso, “un trozo de trasero”. Esta primera parte del relato concluye con el comentario de que ella, la paciente, está ahora enamorada de su marido, y que suele provocarlo y hacerle bromas por eso.

Hasta allí tenemos tres de los cuatro personajes del cuarteto habitual del que se compone la estructura histórica. Falta todavía un tramo de asociaciones para que surja el cuarto: la otra mujer. Pero de todos modos, en el detalle del *trozo de trasero*, asoma ya una representación de esa cuarta referencia estructural, que en la escritura del discurso histórico va al lugar del objeto.

($\$$) Quiero → Comerciante-Pintor (S1)
(a) “trozo de trasero” // Carnes-Cuerpo (S2)

Por otro lado, puede advertirse que esta primera parte de las asociaciones culmina con el comentario aún más enigmático de que ella le ha rogado a su marido que no le obsequie caviar. Desearía poder comer un bocadillo antes del almuerzo (y sin dudas el marido podría proporcionárselo), pero ruega que el otro no se lo dé. Ella no le pide exactamente lo que él tiene (carne) sino lo que le costaría pero podría conseguir (un poco de un costoso pescado). Ese detalle, un tanto disonante con respecto a lo relatado hasta allí (como también lo era el poco de salmón en el contenido manifiesto del sueño), alcanza para que Freud sitúe lo que Lacan denomina la posición del sujeto histórico en la fantasía: deseo de mantener un deseo insatisfecho. Pero en ese punto es Freud el que no queda satisfecho con la interpretación, y entonces interviene por vez primera el discurso asociativo de su paciente pidiendo una nueva ocurrencia sobre ese detalle. La dirección es siempre la del deseo. Dice Freud: “la insto a que me diga más”, sobre ese punto oscuro. Tras una breve pausa (que para el propio Freud señala la presencia

silenciosa de una resistencia) surge otra vivencia de la víspera del sueño, es decir, un nuevo aspecto de los restos diurnos que lo provocaron.

A partir de allí, como si el discurso analítico diera una nueva vuelta, aparece la figura de la amiga flaca, de quien ella está celosa por gustarle a su marido. Este personaje completa el cuarteto, ubicándose la función que para la histérica cumple la otra mujer. Esto permite a Freud encontrar un nuevo sentido para el sueño, complementario respecto del anterior: el marido es “amante de las redondeces”, su amiga flaca tiene el deseo de engordar un poco, y entonces la renuncia de la paciente a “dar una comida” adquiere el significado nuevo de “no contribuir a realizar el deseo de su amiga”.

Por último, Freud repara en el elemento más enigmático del contenido manifiesto del sueño, que al mismo tiempo resultaba ser el único que aún no había quedado alcanzado por la asociación de la paciente. La respuesta de la paciente, rápida y sencilla en este caso, conduce nuevamente a la amiga, y permite a Freud construir su primera teoría de la identificación histérica: la amiga se priva del salmón tanto como la paciente del caviar. No vamos a desarrollar este aspecto en detalle, pero sí señalar que es en esta última interpretación del sueño que se detiene Lacan con sus “cuidados” para hacer de este “bello ejemplo” el paradigma de la histeria y de la dirección de una cura que toma el deseo a la letra: identificación del sujeto que recae sobre la falta tomada como objeto.

En términos del propio Freud, los celos de la paciente (que ella misma reconoce como injustificados, y tras los cuales puede situarse la identificación con la amiga celada), dan cuenta de “la creación de un síntoma, el deseo denegado”¹¹, cuyo significante amo fundamental habría que intentar ubicar en la expresión “poco de salmón” (S1). Se trata del falo simbólico, significante último del deseo: “ser el falo, aunque fuese un falo un poco flaco, ¿no es ésta la identificación última con el significante del deseo”¹². Por nuestra parte, lo escribimos del siguiente modo:

(a) resto diurno → “deseo denegado” (\$)

(S2) “x” // “poco de salmón” (S1)

Solo resta ubicar aquello que por medio de la interpretación se constituye como saber en el lugar de la verdad. Freud lo plantea así: “Cabría aún elucidar el proceso en

¹¹ Freud, S (1900) “La interpretación de los sueños”, AE, tomo IV, Buenos Aires, 1993, p. 165.

¹² Lacan, J (1958) “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en Escritos 2, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 607.

palabras del modo que sigue: Ella se pone en el lugar de su amiga en el sueño porque ésta última le ocupa su lugar frente a su marido, y porque querría apropiarse del *sitio que la amiga está ocupando en la estima de su marido*¹³. Lo que no queda claro es el modo en que Freud hizo efectiva su intervención. Pero cualquiera haya sido el modo, cabe recordar que la expectativa en esa época consistía en que la “resolución” (*auflosung*) de un sueño u otra formación sintomática (ya que Freud había tomado la posición de tratar al sueño mismo como un síntoma) fuera equivalente a su “solución” (*losung*). En palabras de Freud: “Si uno ha podido reconducir una de tales representaciones patológicas a los elementos a partir de los cuales surgió en la vida psíquica del enfermo, enseguida se desintegra y éste se libera de ella”¹⁴. Sobre el “cómo sucedió aquello”, no hay más que conjeturas hipotéticas.

En el caso de Lacan, y de las referencias que estamos tomando de su enseñanza, podríamos conjeturar que la interpretación ensayada hubiese quedado más cerca del enigma o de la cita que de la construcción, y que para eso hubiera utilizado el apoyo material del significante surgido del discurso del sueño manifiesto (“poco de salmón”) o del sustituto que surge del discurso asociativo (“poco de caviar”). En cualquier caso, lo que estaría en juego es la estructura de un saber en el lugar de la verdad relativa al “sitio que la amiga está ocupando en la estima de su marido”, es decir, el del enigma acerca de lo que una mujer es para el deseo sexual de un hombre, aspecto que ya había sido señalado por Lacan para el caso Dora y argumentado tempranamente en su escrito *Intervención sobre la transferencia*. Pero es este otro sueño-síntoma-caso el que finalmente toma el lugar del ejemplo paradigmático. Sintetizando, Lacan dice lo siguiente: “Esto, precisamente, nos revela lo que Freud supo extraer del discurso de la histérica. A partir de ahí, se entiende que la histérica simbolice la insatisfacción primordial. Puse de relieve su promoción del deseo insatisfecho, basándome en el ejemplo mínimo que comenté en ese escrito que quedó con el título *La dirección de la cura y los principios de su poder*, a saber, el sueño llamado de la bella carnicera”.¹⁵

Agreguemos nosotros, para finalizar, que aquello que se revela en la sincronía de la estructura del sueño, por obra de la interpretación, indica al mismo tiempo la diacronía de una secuencia en la que se reconoce una dirección: del discurso inconsciente no esclarecido hasta un inconsciente esclarecido por el análisis, pasando por la

¹³ Freud, S (1900) “La interpretación de los sueños”, AE, tomo IV, Buenos Aires, 1993, p. 168. Las itálicas son nuestras.

¹⁴ Idem, p. 122.

¹⁵ Lacan, J (1969-70) *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1996, p. 78.

histerización del discurso de un sueño-síntoma de tipo histérico. En todas sus etapas la intervención consiste en tomar (interpretar, maniobrar, cortar) “el deseo a la letra”, siendo su operador central el deseo del analista. En otros términos: el Carnicero del deseo.

Marcelo Mazzuca

Enero de 2016